



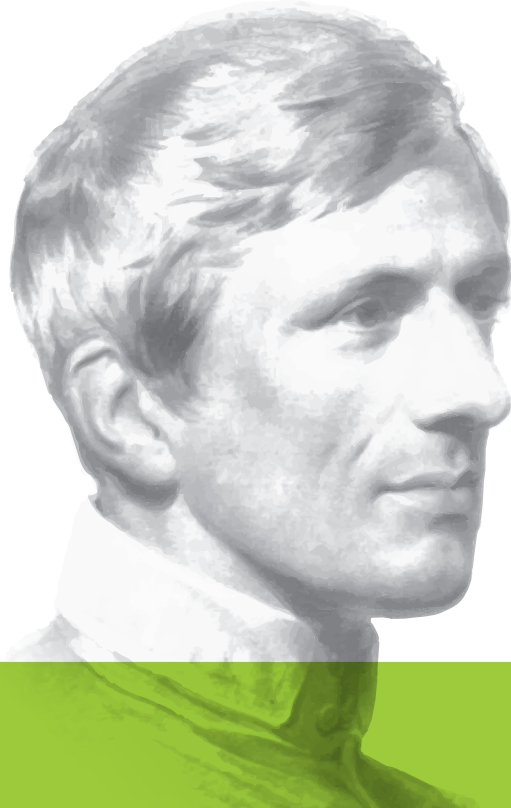
JOHN HENRY
NEWMAN



SERMONES
PARROQUIALES

- 8 -

Parochial and Plain Sermons



Sermones parroquiales / 8



100XUNO



Retrato de John Henry Newman pintado por Sir William Charles Ross en el año de su conversión, 1845.

John Henry Newman

Sermones parroquiales / 8

Introducción y traducción de Víctor García Ruiz



Título en idioma original: *Parochial and Plain Sermons*

© Ediciones Encuentro, S.A., Madrid, 2025

© de la Introducción y la traducción: Víctor García Ruiz

Nueva edición corregida



Universidad
Pontificia
de Salamanca

Este libro se ha editado gracias a la colaboración de la «Cátedra San John Henry Newman», de la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia de Salamanca, patrocinada por el Real Colegio Inglés (Valladolid) y el Real Colegio Escocés (Salamanca). La Cátedra tiene como objetivo favorecer el estudio de la figura y los escritos de su titular.

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección 100XUNO, nº 167

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

Impresión: TG-Madrid

ISBN: 978-84-1339-284-4

ISBN de colección: 978-84-1339-285-1

Depósito Legal: M-10992-2026

Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa
y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

www.edicionesencuentro.com - info@edicionesencuentro.com

ÍNDICE

Introducción	
TIME IS SHORT, ETERNITY IS LONG.....	7
Obras citadas.....	28
Tabla de abreviaturas.....	31
SERMONES PARROQUIALES.....	35
Sermón 1	
REVERENCIA EN EL CULTO.....	37
[n. 429 30 de octubre de 1836]	
« <i>Samuel continuaba sirviendo al Señor y, por ser muy joven, vestía un efod de lino</i> » (1 S 2,18)	
Sermón 2	
LAS LLAMADAS DE DIOS.....	48
[n. 542 27 de octubre de 1839]	
« <i>Vino el Señor, se presentó y le llamó como otras veces: ¡Samuel, Samuel! Respondió Samuel: Habla, que tu siervo escucha</i> » (1 S 3,10)	
Sermón 3	
LA PRUEBA DE SAÚL.....	60
[n. 584a 4 de julio de 1841]	
« <i>Entonces dijo Saúl: Traedme las víctimas del holocausto y de los sacrificios de comunión. Y ofreció el holocausto</i> » (1 S 13,9)	
Sermón 4	
LA LLAMADA DE DAVID.....	70
[n. 472 25 de junio de 1837]	
« <i>Así venció David al filisteo con la honda y la piedra. Lo hirió y lo mató</i> » (1 S 17,50)	

Sermón 5	
LA CURIOSIDAD NOS INCITA A PECAR.....	81
[n. 304 26 de junio de 1831]	
«No vayas por la senda de los malvados, ni sigas el camino de los perversos» (Pr 4,14)	
Sermón 6	
LOS MILAGROS NO DAN LA FE	90
[n. 236 2 de mayo de 1830]	
«El Señor dijo a Moisés: ¿hasta cuándo me injuriará este pueblo, y hasta cuándo no creerán en mí a pesar de todos los signos que he obrado entre ellos?» (Nm 14,11)	
Sermón 7	
JOSÍAS, MODELO PARA EL QUE NO SABE	101
[n. 257 5 de septiembre de 1830]	
«Puesto que se te ha estremecido el corazón y te has humillado ante el Señor al oír lo que he dicho contra este lugar y sus habitantes, y que iba a convertirlos en causa de estupor y maldición, y has rasgado tus vestiduras y llorado ante mí, también yo te he escuchado, oráculo del Señor. Por eso haré que te reúnas con tus padres y alcances tu sepulcro en paz; tus ojos no verán toda la desgracia que yo voy a traer a este lugar» (2 R 22,19-20)	
Sermón 8	
EL TESTIMONIO INTERIOR DE LA VERDAD DEL EVANGELIO....	114
[n. 124 18 de diciembre de 1825]	
«He llegado a ser más docto que todos mis maestros, porque guardo tus preceptos. Tengo más discernimiento que los ancianos, porque guardo tus mandatos» (Sal 119,99-100)	
Sermón 9	
JEREMÍAS, MAESTRO PARA EL MOMENTO DE LA DESILUSIÓN ..	125
[n. 258 12 de septiembre de 1830]	
«No les tengas miedo, que Yo estoy contigo para librarte; oráculo del Señor» (Jr 1,8)	
Sermón 10	
AGUANTAR LA DESAPROBACIÓN DEL MUNDO	137
[n. 553 29 de marzo de 1840]	
«Por eso, no les temas, hijo de hombre. No te intimiden sus palabras, aunque estés entre zarzas y espinos y habites entre escorpiones. No te intimiden sus palabras ni su ceño te espante, porque son una casa rebelde» (Ez 2,6)	

Sermón 11	
DAR GLORIA A DIOS EN LOS AFANES DEL MUNDO	146
[n. 430 30 de octubre de 1836]	
<i>«En fin, tanto si coméis, como si bebéis, o hacéis cualquier otra cosa, hacedlo todo para gloria de Dios» (1 Cor 10,31)</i>	
Sermón 12	
LA VANIDAD DE LA GLORIA HUMANA.....	159
[n. 262 28 de octubre de 1830]	
<i>«El mundo no nos conoce, porque no le conoció a Él» (1 Jn 3,1)</i>	
Sermón 13	
LA VERDAD SE ESCONDE SI NO SE BUSCA	169
[n. 263 17 de octubre de 1830]	
<i>«Cerrarán sus oídos a la verdad y se volverán a los mitos» (2 Tm 4,4)</i>	
Sermón 14	
LA OBEDIENCIA A DIOS NOS LLEVA A LA FE EN CRISTO	181
[n. 265 31 de octubre de 1830]	
<i>«Viendo Jesús que le había respondido con sensatez, le dijo: No estás lejos del Reino de Dios» (Mc 12,34)</i>	
Sermón 15	
CONVERSIONES REPENTINAS	192
[n. 330 25 de enero de 1832]	
<i>«Pero por la gracia de Dios soy lo que soy, y la gracia que se me dio no resultó inútil» (1 Cor 15,10)</i>	
Sermón 16	
EL PASTOR DE NUESTRAS ALMAS.....	202
[n. 601 30 de abril de 1843]	
<i>«Yo soy el buen pastor. El buen pastor da su vida por sus ovejas» (Jn 10,11)</i>	
Sermón 17	
LA ALEGRÍA EN DIOS	212
[n. 125 25 de diciembre de 1825]	
<i>«El ángel les dijo: No temáis. Mirad que vengo a anunciaros una gran alegría, que lo será para todo el pueblo: hoy os ha nacido, en la ciudad de David, el Salvador, que es el Cristo, el Señor» (Lc 2,10-11)</i>	

Sermón 18	
LA IGNORANCIA DEL MAL.....	221
[n. 490 18 de febrero de 1838]	
«El Señor Dios dijo: He aquí que el hombre ha llegado a ser como uno de nosotros en el conocimiento del bien y del mal» (Gn 3,22)	
Los «Sermones parroquiales y sencillos»	231
(<i>PAROCHIAL AND PLAIN SERMONS</i>):.....	231
UNA CLASIFICACIÓN.....	231

*To Anna and Alan,
for their unfailing kindness and hospitality,
with gratitude and affection,
this volume is dedicated
—as John Henry Newman would put it.*

INTRODUCCIÓN

TIME IS SHORT, ETERNITY IS LONG

Hasta ahora, las introducciones a estos Sermones han tenido un sesgo vagamente biográfico, a medida que iban pasando los años y los tomos —los años del Newman anglicano y los tomos de sus sermones en castellano. Ahora que hemos llegado al último de los ocho volúmenes, no parece el mejor momento para cambiar de línea; lo cual nos sitúa en los años que van entre el último sermón que predicó como pastor anglicano en septiembre de 1843, titulado «Separarse de los amigos», y el 9 de octubre de 1845, día de su recepción en la Iglesia Católica Romana.

La situación interior de Newman en ese tiempo es un tanto paradójica. Por un lado, la seguridad de su convicción intelectual respecto a la Iglesia Romana es cada vez más sólida; pero, por otro, no termina de estar seguro de que Dios le esté pidiendo a él que dé el paso hacia Roma, por motivos que se verán. La mejor manera de indagar en su estado interior es recorrer su correspondencia entre mediados del 43 y octubre del 45, de impresionante volumen, y sus anotaciones personales. Por ejemplo, el 4 de mayo de 1844 redacta un pequeño memorándum privado: «1. Más seguro estoy de que nosotros estamos en situación de cisma que de que el Credo de Pío IX no sea un desarrollo que parte de la doctrina primitiva. 2. Estoy mucho más seguro de que nosotros hemos quitado cosas a la Fe, que de que Roma las haya añadido. Por otro lado: 1. Implica una responsabilidad mayor cambiarse

a una nueva comunión que permanecer donde le pusieron a uno. 2. Hay que tener una prueba clara y que pese más que la certeza de la pena tremenda que ocasionaría a otros. 3. No debe guiarse uno por su juicio privado, sino con otros» (LD 10, 225).

Su admirado John Keble, antiguo *fellow* de Oriel y vicario ahora en el apacible pueblo de Hursley, seguía siendo algo así como su director espiritual, la persona a quien Newman confiaba su intimidad. Ya en enero le había escrito: «a veces tengo el incómodo sentimiento de que no me gustaría morir en la Iglesia de Inglaterra» (LD 10, 103). Ahora, poco después del *memorandum*, el 8 de junio del 44, le escribe una larga carta venciendo «una gran repugnancia, porque la carta trata sobre mí —por no decir que escribir con letra ininteligible hace que me duela la mano. Pero debo darte a conocer mi estado interior». Se remonta esta vez a la infancia, en una especie de confesión general: «He pensado mucho últimamente en las palabras de la oración de la mañana del obispo Andrewes: “No desprecies la obra de Tus propias manos” [...] dirigidas a cada una de las personas de la Santísima Trinidad. [...] Miro hacia atrás a los años pasados, o mejor, toda mi vida desde que era un chico, y digo: “¿A esto he llegado? ¿Se ha olvidado Dios de dar su gracia? ¿Me ha estado llevando tan lejos para luego rechazarme?”. Evoca a continuación: cuando «era un chico de quince años y llevaba una vida de pecado, y tenía una conciencia muy negra y un espíritu muy mundano, Dios en su misericordia me tocó el corazón; y a pesar de innumerables pecados, no Le he abandonado desde entonces, ni Él a mí [...]. Cuando vine a vivir a Trinity, el verso de los salmos que más llevaba en el corazón y en los labios era “Tú me guiarás con tu consejo”. A través de innumerables pruebas Él me ha llevado adelante con seguridad y con felicidad, en conjunto. ¿Por qué va a dejarme ahora a ciegas? De sobra he hecho yo cosas para irritar a Dios, lo sé; pero ¿lo hará Él?». Entre los 19 y los 27 años Newman se siente, en palabras de Job, «obra de sus manos», porque «repetidamente y de maneras distintas me castigó y, al final, para destetarme del mundo, me quitó a una hermana querida; y justo en ese

mismo momento Él me dio amigos queridos para que me enseñaran Sus caminos más perfectamente»; uno de esos amigos era, por supuesto, el propio Keble. Recuerda entonces su viaje al Mediterráneo en 1833. Dios había seguido «preparándome», pero fue entonces, al ir a Sicilia a solas, cuando «tuve la convicción de que Él me quería para llevar a cabo un propósito determinado». Durante ese viaje Newman contrajo unas fiebres y estuvo a punto de morir, pero en medio de su debilidad y de sus lágrimas le repetía a su asombrado criado que no había «pecado contra la luz» y que Dios tenía un trabajo para él. «Y en cuanto llegué a Inglaterra, el primer domingo después de llegar (14 de julio), tú predicaste tu sermón sobre la apostasía nacional, que fue el inicio del movimiento»¹.

Hasta este momento Newman ha considerado su pasado a la luz de la Providencia de Dios. Para alguien con fe no es difícil ver la mano de Dios en el pasado. El problema, para Newman y para todos, es descubrirla en el presente y en el futuro:

Ahora [prosigue su carta a Keble], después de once años, ¿cuál es mi situación? Pues que durante los últimos (casi) 5 años, he tenido una impresión profunda, que a menudo llega a ser *una convicción habitual* —al principio, durante un tiempo, latente, pero muy activa ahora durante los últimos dos años y medio, y que se vuelve cada vez más urgente e imperativa—, *de que la Comunión Romana es la única Iglesia verdadera*. Esta convicción se impuso sobre mí leyendo a los Padres de la Iglesia, y procedente de los Padres; los estaba leyendo teológicamente [el verano de 1839], no eclesiásticamente, en esa línea de trabajo concreta, las herejías de la antigüedad, a la que circunstancias ajenas a mí me habían llevado hace catorce años, antes de que empezara el movimiento.

Le cuenta a su amigo que solo se lo dijo a dos personas que tenía cerca y que se propuso «resistirse a esa impresión»; que escribió cosas

¹ En ese sermón Keble protestaba contra medidas del gobierno que interferían en asuntos eclesiásticos; concretamente la eliminación de sedes episcopales en Irlanda. Lo que Keble y Newman querían era una Iglesia libre, no sometida al Estado.

en contra de ella y que no es consciente de haber cedido. Que desde entonces ha intentado llevar una vida más austera, que las Cuaresmas las ha pasado monásticamente en Littlemore, y que casi no se ha movido de allí en los últimos dos años. Y además, se ha esforzado positivamente en frenar a los que quieren pasarse a Roma. ¿Por qué, pues, la Providencia ha respondido a mis oraciones en estos temas y «no cuando he rezado pidiendo luces y guía?». El análisis que mejor refleja la situación de Newman en junio del 44 es quizá este párrafo de la carta:

Así pues, lo que puedo decir es que todos los incentivos y las tentaciones son seguir callado y no hacer movimiento alguno. Perder a los amigos, ¡qué mal tan grande! Perder la posición, el nombre, la estima ajena ¡qué manera de hacer el tonto!, ¡qué triunfo para los otros! No es motivo de orgullo desdecirme de lo que he dicho, echar abajo lo que he intentado construir. Y además, lo que es para mí como si me metieran un taladro, la perturbación interior que el cambio mío causaría a tantos; dejarlos a la deriva, hacerles perder tanto la estabilidad religiosa como el consuelo; la tentación a la que muchos se verían arrastrados de escepticismo, indiferencia e incluso de perder la fe. (LD 10, 262)

El peso de esta responsabilidad suya hacia los que le han seguido de una u otra forma, es tan agobiante que confiesa a Keble que «a veces me siento incómodo yo mismo; un temperamento escéptico y que tiende a dejar pasar las cosas, no es cosa del todo ajena a mi modo de ser, y quizá tenga que sufrir caer en ello de nuevo, como castigo».

Termina su carta con la gran pregunta aún sin responder: «¿Qué quiere Dios de mí? El tiempo de las discusiones intelectuales ha pasado ya. Llevo mucho tiempo asentado en una única convicción, que parece reforzarse a cada nueva idea. Cuando coincido con personas que piensan de otra manera, la tentación de callar es más fuerte, muy fuerte; pero no creo que esa convicción se vea alterada en lo más mínimo. Así que termino como empecé: ¿me estoy engañando, me he entregado a creer en una mentira? [...] Pero si es así, ¿es posible que Dios misericordioso no quiera que yo me dé cuenta y me libre?

¿Me ha guiado hasta tan lejos para destruirme en el desierto? Tengo verdadero miedo a las consecuencias si algún amigo íntimo se uniera a la Iglesia de Roma. ¿No sentiría yo que era imposible *desobedecer* lo que parecería una advertencia dirigida a mí, cualesquiera que fueran las pruebas y el sufrimiento interior que llevaran consigo?» (LD 10, 259-63; la cursiva es mía).

A esos amigos y seguidores que tanto atenazaban su conciencia escribirá en estos años muchas otras cartas, aunque no tan íntimas y dramáticas como esta a Keble, que contiene en realidad una auténtica y concentrada autobiografía espiritual; que yo sepa, la primera que Newman compuso, un poco sin darse cuenta, a diferencia de sus otras dos bien conocidas autobiografías, la novela *Perder y ganar* (1847) y, sobre todo, *Apología pro vita sua* (1865), uno de los textos canónicos del género autobiográfico moderno.

Newman apelaba a la Providencia. Es fácil pensar que Newman sentiría manifestarse la voluntad de Dios en los acontecimientos de esos meses, grandes y pequeños. Entre los grandes, la muerte de su amigo más antiguo, John William Bowden, evidente ya en el verano de 1844. Newman se tomaba la no pequeña molestia de ir los miércoles a Roehampton, cerca de Londres, para darle la Comunión a su amigo y se volvía al día siguiente a Littlemore. Bowden murió finalmente el 15 de septiembre, en su casa de 17 Grosvenor Place en Londres. Newman lloró amargamente sobre su ataúd, «al pensar que me dejaba aún a oscuras acerca de cuál era el camino de la verdad, y acerca de lo que tenía yo que hacer para agradar a Dios y cumplir Su voluntad» (LD 10, xxiv).

Otro acontecimiento, notable por su repercusión pública, fue la condena por la Universidad de Oxford de un polémico libro. A lo largo de sus 601 páginas, el libro, *Ideal of a Christian Church* (1844), negaba con vehemencia que la Iglesia Anglicana fuera una verdadera Iglesia y con la misma violencia afirmaba que solo la Iglesia Romana era la Iglesia católica. La Universidad tomó cartas en el asunto porque su autor, William G. Ward (1812-1882) no solo era un hombre

de Oxford sino *fellow* de Balliol College, y decidió proponer que se condenara oficialmente el libro y se despojara al autor de sus títulos oxonienses. El estilo y el tono de Ward eran absolutamente contrarios al tono y al estilo de Newman, normalmente discretos y comedidos, pero un grupo de evangélicos quiso aprovechar la polvareda para atacar al viejo enemigo. Como las autoridades en Oxford eran por entonces de tendencia evangélica, ese grupo propuso y logró meter en el mismo saco el libro de Ward y el *Tracto 90* que Newman había publicado cuatro años antes. La reunión formal del órgano competente —la *Convocation*— tuvo lugar el 1 de febrero de 1845. El ambiente en la universidad era de dramatismo extremo, subrayado por una de las nevadas más fuertes de que se guardaba noticia. El libro de Ward fue condenado por una amplia mayoría. La mayoría fue menor a la hora de despojarle de su grado de Master. Se anunció la tercera de las propuestas: la censura formal del *Tracto 90*. Inmediatamente los dos *Proctores* se pusieron en pie y ejercieron su derecho al veto. Sin mediar palabra, el Vicecanciller abandonó la sala. Fuera, los estudiantes vitorearon a Ward al tiempo que silbaban al Vicecanciller y lo tundían a bolazos de nieve. No era fácil darse cuenta en el momento, pero ese día el Movimiento de Oxford había dejado de ser algo vivo.

Entre los acontecimientos grandes en que Newman vio actuar la Providencia quiero incluir la publicación, póstuma, de la autobiografía del ex-sacerdote español José Blanco-White (1775-1841) a mediados de 1845. El libro le pareció a Newman «el más horrible y deprimente que he visto jamás» porque ratificaba trágicamente su intuición de que, a la larga, no existe una posición intermedia entre la Iglesia católica y el escepticismo². En carta monográfica sobre el tema (27 abril 1845) le dice a su *charissime* amigo Henry Wilberforce que Blanco «muere panteísta, niega que haya un Dios más allá de este

² Lo que comenta Wolff parece confirmar esa idea: «entre 1847 y 1877 el ateísmo había suplantado al Cristianismo [...] la duda, el escepticismo y la apostasía se habían salido de madre» (503-04).

mundo, [...] duda, por decir lo menos, de la inmortalidad personal del alma, [...] y considera que las epístolas de san Pablo están tomadas de la filosofía estoica. En cuanto al Cristianismo, parece estar del todo de acuerdo con Strauss [en que los apóstoles mitificaron y deificaron a Jesús] y rechaza los evangelios como documentos históricos». Se asombra Newman de que, con semejante pensamiento, el editor de Blanco lo considere a este «en sus últimos momentos un Confesor; confesor ¿de qué? No de una opinión, ni de una creencia, sino de la *búsqueda* de la verdad; siempre yendo de un lado a otro, y cambiando; y por tanto grande». Los unitarios como Blanco «realmente creen que no pasa nada por ser ateo, mientras lo seas sinceramente, y no vayas por ahí cortando el cuello a la gente y robándoles la bolsa».

Newman confía a su amigo las repercusiones sobre él del caso Blanco. El libro «muestra más y más que uno conoce *cómo está el patio* en este país [...] cuando una persona siente que no puede permanecer donde está, y tiene el terrible sentimiento de que irá hacia atrás si no se decide a ir hacia delante, entonces, casos como el de Blanco aumentan ese miedo». Se refiere concretamente a que «durante años he tenido una convicción intelectual creciente de que no hay un terreno intermedio entre el panteísmo y la iglesia de Roma». Y añade algo que ya sabemos: «Si fuera solo cuestión de convencimiento intelectual, yo no estaría ahora donde estoy», todavía en la Iglesia anglicana.

A continuación aborda el factor moral de la conversión: si esto ocurre con Blanco, un hombre sincero y honesto, «¿por qué mi caso va a ser distinto? Veo a Blanco White que se equivoca, pero es sincero. A Arnold que se equivoca, pero es sincero. Pero a mí ellos no me producen la menor perplejidad. Puedo poner el dedo en este o aquel punto de su modo de ser y decir: *aquí* estaba el fallo. Pero ellos no lo sabían; y por eso pienso: ¿cómo sé yo que no tengo también mis puntos flacos que me hacen pensar como pienso? ¿Cómo estar seguro de que no he cometido pecados que me traen, como castigo, esta falta de paz interior? Como comprenderás, esto es para mí un gran tormento».

Pero hay también un lado profundamente emocional. Que aquel antiguo amigo le recordara con afecto —Blanco-White y Newman fueron durante un tiempo colegas en Oriel y tocaban juntos el violín— resucita para él un Yo en el que apenas se reconoce, un Yo que contrasta con el Yo del presente: «I, this old dry chip who am worthless [este desperdicio viejo y seco que soy yo, y que nada vale] [...] No había pensado yo en todo esto, *desde luego*. Me viene ahora como algo *nuevo*, por contraste con lo que Blanco White dice de mí, que es como una luz que muestra la oscuridad anterior. Me digo a mí mismo: ¿es posible?, ¿era yo eso? Y enseguida se imponen otros sentimientos: *se acabó*. Mi primavera, mi verano, se han terminado. Y ¿en qué ha quedado todo? [...] Ahora todo está ido y acabado, y no se puede rectificar, ni recuperar nada [...] Y sin embargo, *charissime*, no creo que se mezcle en esos sentimientos nada de ambición o de anhelo [...] Más bien, pienso en ello como una cuestión de *justicia*; y con una especie de ternura hacia mi antiguo yo, que ya no existe».

La carta termina con un toque de serenidad: «¡Qué horrible es tener que actuar en asuntos importantes estando tan en la oscuridad! Sin embargo, yo que tanto he predicado sobre el deber de seguir adelante en la noche siempre que Dios llame, soy la última persona con derecho a quejarse» (LD 10, 639-42).

De los acontecimientos providenciales pequeños espigaré tres. El primero es el consejo emanado del desayuno, en junio del 45, de algunos bienintencionados —entre ellos el futuro arzobispo de Westminster, Henry Edward Manning— en casa de William E. Gladstone, el futuro y cuatro veces primer ministro de Su Majestad. Los reunidos acordaron escribir a sus íntimos, Keble y Pusey, para que hicieran ver a Newman la conveniencia de irse al continente para dar el paso. Todo un síntoma del estruendo de la rumorología y la opinión pública a esas alturas. Y de que lo daban por hecho. Pero Newman se negó. «Algunos amigos quieren que me una a Roma *fuera*; pero eso supondría encubrir las verdaderas razones, tergiversarme a mí mismo, consentir en falsas ideas acerca de ese paso y poner los cimientos para

futuras incoherencias y decepciones. Si la Iglesia de Inglaterra es la autoridad legal aquí, ¿por qué dejarla? Y si no, ¿por qué irse fuera?» (LD 10, 714).

Al día siguiente, 26 de junio, se presentó en Littlemore un enviado del impaciente Nicholas Wiseman (1802-1865), cabeza visible de la Iglesia católica en Inglaterra. Él, claro está, recibía los rumores con expectativas absolutamente opuestas a las de Gladstone y sus compañeros de mesa. Newman recibió con frialdad al enviado, antiguo habitante de la casa de Littlemore y reciente converso, llamado Bernard Smith, le invitó a cenar, desapareció y lo dejó cotilleando con los demás. Newman sabía perfectamente quién lo enviaba y para qué. Por eso al final del día se presentó con pantalones grises. Cuando Wiseman, ardiente y sevillano como Blanco-White, oyó lo de los pantalones, le supo a poco. Pero Smith le aseguró: «Sabía que usted no le daría importancia a eso, pero yo lo conozco bien y sé lo que significa³. Vendrá, y vendrá pronto» (Ward 427-29; cita 429). Newman, por su parte, registró en su dietario para el jueves 26 de junio del 45, entre otras cosas, «Bernard Smith estuvo de visita».

El último de los pequeños sucesos también contiene dimensiones simbólicas, pero de más categoría: en julio del 45 murió Elizabeth Lenthall⁴, una mujer, seguramente enferma, a la que había estado llevando el Sacramento desde septiembre del 43 en que dimitió como párroco de la iglesia de Santa María en Oxford. Newman ya no predicaba, pero vemos que sí se sentía todavía atado por ciertos compromisos pastorales. En su diario del lunes 28 de julio escribe: «fui a Oxford con Copeland para asistir al funeral de la señorita Lenthall; asistí al

³ Recuerda Mozley (1, 205) que Newman vestía un frac negro, no siempre del todo nuevo, que llegó a ser «casi el distintivo de sus seguidores».

⁴ ¿La misma persona que asistió la primera vez que Newman empezó a celebrar la Comunión entre semana en la *chancel* de la iglesia de Saint Mary's en 1830? A continuación, fue a visitar a cinco de los asistentes, y uno de ellos o ellas se llamaba Lenthall (*Sermons 1824-1843*, 3, xvii; ver también LD 2, 200).

servicio de la tarde en Saint Mary's (*la última vez que estuve en Saint Mary's*)»; esto último lo añade años más tarde. Su camino de salida del anglicanismo fue muy, muy gradual.

En alguna ocasión confesó Newman que durante estos meses de espera previos a su ingreso en la Iglesia católica, no se atrevía a montar a caballo y tampoco iba a bañarse en el río, por miedo a morir en un accidente (Wolff 56)⁵. No obstante, el factor que terminó de precipitar el desenlace de esta lenta agonía fue más bien de tipo intelectual: la redacción de su *Essay on the Development of Christian Doctrine* [*Ensayo sobre el desarrollo de la doctrina cristiana*]. La idea del desarrollo doctrinal venía de lejos, por lo menos desde 1836, y quizá de antes, cuando andaba metido en su libro sobre *Los arrianos del siglo iv* (1832); pero no fue capaz de aclararse y adelantar algo parecido a una teoría hasta febrero del 1843. Que eso fue su último sermón universitario, titulado *The Theory of Developments in Religious Doctrine*. En el *Essay* Newman rehace la teoría y la lleva hasta sus últimas consecuencias, intelectuales y morales. La cuestión de fondo es cómo explicar la evidente diferencia entre las enseñanzas de Roma en el siglo xix y las de la Iglesia primitiva. Para resolver esa dificultad hace falta una hipótesis y la hipótesis es que lo que los protestantes consideran corrupciones romanas (los siete sacramentos, la Transubstanciación eucarística, el culto a la Virgen, el papado, la doctrina del purgatorio, la intercesión de los santos) son, en realidad, desarrollos legítimos y auténticos. Que no todo cambio es válido queda demostrado en la historia de las herejías. El desarrollo doctrinal tiene sus normas y su naturaleza propias, que Newman resume en siete principios: preservación del tipo, continuidad de los principios, poder de asimilación, anticipación temprana, secuencia lógica, lo que llama «adiciones preservativas», y continuidad en el tiempo. En suma, si Roma ha

⁵ Uno de los atractivos de ser *fellow* era el uso y posesión de un caballo; en sus primeros tiempos en Oriel, Newman montó mucho, y no mal (Mozley 1, 202-03).

continuado siendo la misma ahora que en los tiempos apostólicos, es precisamente por su capacidad para cambiar bajo la guía del Espíritu Santo; por ser un cuerpo *vivo*. Para algunos, el *Essay* es la pareja teológica de *On the Origin of Species* y anterior en diez años al famoso libro de Darwin (Ker 300). Es decir, Roma es la única Iglesia católica por la mismas razones por las que de las gacelas no salen elefantes. En cuanto a la influencia de esta teoría sobre la conducta de Newman, Gilley ha escrito con justicia: «La acción del Espíritu nunca le ha faltado a la Iglesia, lo mismo que no le ha faltado a él [Newman] cuando proyectaba su propia personal capacidad para la vida y el crecimiento al conjunto de la historia cristiana» (12)⁶.

Desde principios del año 45 Newman trabajó mucho en el libro, y se quejaba en alguna carta de que, viviendo en Littlemore, solo podía dedicarle 6 o 7 horas al día, mientras que en otros tiempos, cuando vivía en Oriel, llegó a no dormir durante una semana (LD 10, 696). Pero sacaba tiempo para hablar del libro en su correspondencia. A un antiguo amigo del colegio, Richard Westmacott, le decía que «es moralmente seguro que me uniré a la Iglesia católica romana». La explicación subsiguiente supone un buen resumen del *Essay* de mano del propio Newman:

Mi convencimiento no tiene nada que ver con acontecimientos actuales. Se funda en mi estudio de la historia de la iglesia primitiva. Creo que la iglesia de Roma es, en todos los aspectos, la continuación de la iglesia primitiva. Creo que Roma es la iglesia primitiva *en* los tiempos actuales, y la iglesia primitiva es Roma *en* los tiempos actuales. Difieren en doctrina y disciplina lo mismo que difieren un niño y un hombre adulto, no de otra manera. No veo ningún camino intermedio entre repudiar el

⁶ No obstante, James A. Froude, que fue discípulo de Newman, dice que terminó de perder la fe religiosa y la fe en Newman escuchando esta frase de su sermón universitario sobre *The Theory of Developments in Religious Doctrine*: «Scripture says the earth is stationary and the sun moves; science, that the sun is stationary, and that the earth moves, and we never shall know which is true till we know what *motion* is» (157).

Cristianismo y tomar la Iglesia de Roma [...] Te digo honradamente que no puedo limitarme a creer solo lo que nuestros reformadores, sacándolo de su propio cerebro, decidieron que tenemos que creer. Yo tengo que creer o menos o más. Si el Cristianismo es uno y el mismo en todos los tiempos, entonces yo tengo que creer no en lo que los Reformadores dejaron después de tallar el Cristianismo a su gusto, sino en lo que enseña la Iglesia Católica. (LD 10, 729)

El 25 de septiembre escribió palabras aún más inequívocas: «No solo no tengo ninguna duda en absoluto, sino que mi convicción se ha ido incrementando continuamente y tengo ahora una certeza sobre el tema que es más grande que nunca. Para mi razón es tan claro como el día que nosotros no somos parte de la gran comunión Católica que establecieron los apóstoles» (LD 10, 766). Newman había pasado del asentimiento *nocional* al asentimiento *real*, de la *mera* certeza a la *certeza absoluta*. Muchos años más tarde escribiría en la *Gramática del asentimiento*: «Si la certeza en algún asunto es la terminación de toda duda o temor acerca de su verdad, y una adhesión consciente e incondicional, entonces lleva consigo una seguridad interior, fuerte aunque implícita, de que esa certeza nunca fallará» (221; la traducción es mía).

Por entonces debió de redactar este maravilloso cierre a un libro, el *Essay*, que quedó inconcluso⁷:

And now, dear reader, time is short, eternity is long. No apartes de ti lo que has encontrado en este libro; no lo veas como una cuestión de pura controversia religiosa; no te empeñes en rechazarlo, no busques la mejor manera de refutarlo; no te engañes pensando que todo procede de un desengaño, o del disgusto, o que es pura zozobra, o resentimiento, o cualquier otra debilidad. No te refugies en el recuerdo del pasado, no hagas verdad lo que quieres que sea verdad, no

⁷ Según Ward (430), lo escribió el mismo 9 de octubre, después de ser recibido formalmente en la Iglesia católica.

acaricies ni idolatres las cosas que has amado⁸. Time is short, eternity is long.

Con su especial capacidad para que la Escritura responda plenamente al momento actual, añadió:

NUNC DIMITTIS SERVUM TUUM DOMINE,
SECUNDUM VERBUM TUUM IN PACE
QUIA VIDERUNT OCULI MEI SALUTARE TUUM

Pero Newman quería obedecer la voz de Dios, no tomar él una decisión. Por eso solo dio el paso cuando vio acumularse ante él una serie de circunstancias en las que pudo reconocer «lo que parecía una llamada exterior a la cual yo podía mostrar obediencia» (LD 11, 7). Esas circunstancias, la llamada, fueron, como él mismo detallaba a la mujer de su gran amigo William Froude: que había decidido publicar el *Ensayo sobre el desarrollo* dejándolo sin terminar; que la impresión del libro se estaba retrasando; que algunos amigos le habían escrito pidiéndole que no diera el paso ni durante el próximo Adviento ni durante la Navidad; y, por último, que dentro de pocos días iba a pasar por Oxford un pasionista italiano, el hoy beato fray Domingo Barberi (1792-1849).

La Iglesia católica celebra la memoria del beato Newman el 9 de octubre, porque ese día de 1845 fue finalmente recibido en «el único

⁸ Su hermana Jemima le escribía el 6 de octubre: «en cuanto a mí, que siempre he ido a ti en busca de apoyo y de consuelo, ¡sentirme separada de ti por un muro así! Solo puedo esperar y rezar por mí y por nosotros [...] y por ti, para que tu sinceridad y fidelidad sean aceptadas y bendecidas, allí donde estés» (LD 10, 783). En cuanto a la oscuridad social que Jemima le auguraba tras su conversión, John Henry contestó: «Nada de lo que me dices acerca de mi pérdida de influencia tiene la menor tendencia a herirme — como tan amablemente temes que ocurra. Nunca he pensado en ninguna influencia que yo haya tenido; nunca he sabido muy bien qué era eso; sencillamente, no es ningún esfuerzo dejarla. En cambio, sí me ha afectado mucho el dolor que yo sabía que estaba dando a las personas; pero en cuanto a lo de la influencia, el mundo entero es una gran vanidad, y creo que no estoy apegado a nada del mundo; creo que no» (LD 11, 16).

verdadero rebaño del Redentor»⁹. La escena expresa bien la obediencia y la humildad que tanto predicó Newman: el intelectual, la luminaria de la Iglesia de Inglaterra, a los pies de un sencillo sacerdote, completamente empapado por la lluvia, que no dominaba el idioma y representaba, en cambio, un credo profundamente aborrecido en el país más poderoso de la tierra.

La Misa fue el gran descubrimiento del Newman católico, que conocía personalmente a muy pocos católicos y no tenía entre ellos ningún amigo; y como grupo, más bien le desagradaban. Con todos sus prejuicios antirromanos bien en pie, Newman había entrado en solo unas pocas iglesias católicas durante su único viaje al extranjero en 1833 y, por supuesto, no había asistido a ningún acto de culto católico. La impresión es que la Eucaristía le entusiasmó, le hizo sentirse anclado en *lo real*, en un «external objective substantial creed and worship [un credo y un culto externos, objetivos y reales]»; algo bien distinto de «una mera opinión, de la que uno no sabe si el vecino de al lado piensa lo mismo o no» (LD 12, 168). «Yo no he sabido lo que es dar culto a Dios, como un hecho objetivo, hasta llegar a la Iglesia católica» (cito por Ker 324).

La absoluta paz de su fe católica la recreó pocos años después en su novela autobiográfica, *Perder y ganar* (1847): «Era como esa quietud que se hace casi sólida en los oídos cuando desaparece la última vibración de una campana que ha estado repicando mucho rato» (353).

⁹ El 5 de octubre, domingo, escribe: «[una cruz] me quedé en casa todo el día, preparándome para hacer confesión general» (LD 10, 778). Y el 8 de octubre: «Queridísimo Pusey. No saldrá esta carta hasta que todo haya acabado. Espero esta noche al padre Dominic, pasionista, que va de camino desde Aston en Staffordshire, a Bélgica, para asistir a un Capítulo de su orden. Espero que me recibirá a mí, a Bowles y a Stanton en el que creo que es el único rebaño del Redentor. No creo que esto ocurra hasta el viernes. Siempre tuyo, mi querido Pusey, con todo el afecto, JHN». Pusey escribió en el dorso de la carta: «Tu autem Domine miserere nobis. EBP. Kyrie eleison, Christe eleison». Keble recibió una carta casi idéntica, que llevó en el bolsillo todo el día, sin abrir, presintiendo las noticias que contenía (LD 11, 9). Para Gladstone la conversión de Newman suponía la mayor crisis de la Iglesia anglicana desde los tiempos de la Reforma (Short 216).

En *Apologia pro Vita Sua* (1865), la comparación es con la sensación de llegar a puerto después de una galerna; «y mi felicidad por haber encontrado la paz ha permanecido sin la menor alteración hasta el momento presente» (276).

Tienen mucha razón los editores franceses de los *Sermones* al poner este volumen octavo bajo la idea de la Obediencia cristiana. Obedecer la voz de Dios es precisamente lo que quiso hacer Newman, en especial durante los últimos años de su vida en la Iglesia anglicana. Es también lo que su hermano Francis no podía entender; por eso le propuso que, en vez de unirse a Roma, organizara una Iglesia Libre Anglo-episcopal con sucesión apostólica procedente de Nueva York o de Escocia (LD 10, 744-45). Como escribió John Henry, «que yo estuviera planteándome lo que es Verdad y lo que es Falso, jamás se le pasó por la cabeza» (LD 10, xxxi)¹⁰.

Los 18 sermones aquí reunidos, al igual que los otros 18 del tomo séptimo, no formaban parte de los *Parochial Sermons* (6 vols.) publicados entre 1834 y 1842. Esos dos volúmenes extra fueron añadidos en 1868 por Newman, ya católico, cuando William J. Copeland (1804-1885), su antiguo coadjutor en Saint Mary's y en Littlemore, quiso reeditar los sermones anglicanos de su gran amigo. Para Newman fue una alegría comprobar que como sacerdote católico podía suscribir absolutamente todo lo que había predicado como clérigo anglicano. Los 36 sermones añadidos habían sido la contribución de Newman a la serie de los *Plain Sermons, by contributors to the Tracts for the times* (10 vols.); concretamente fueron el tomo quinto, que se publicó en 1843. Al republicarlos en 1868, los distribuyó en dos tomos. Así pues, los *Parochial*, unidos a sus *Plain*, forman los *Parochial and Plain Sermons*.

¹⁰ Newman dedica un capítulo de su novela *Perder y ganar* a satirizar las distintas sectas que se hacen la competencia para atraer al joven protagonista (330-38).

Las fechas de predicación de los 18 sermones de este último tomo nos dicen que la gran mayoría son antiguos (ocho de 1830-1832) o muy antiguos (dos de 1825, predicados en su etapa de *curate* en Saint Clement's). Solo cuatro son posteriores al decisivo verano de 1839, cuando al estudiar la controversia monofisita, tuvo Newman la visión intelectual, una especie de relámpago, de que, «después de todo, Roma tiene razón».

Y en efecto, aunque los asuntos son dispersos, la obediencia es tema recurrente. Para quien conozca la situación interior de Newman, el sermón «La prueba de Saúl» resulta conmovedor porque admite una sublectura en clave biográfica. El predicador habla de esperar, de confiar en Dios, de tener paciencia antes de pensar en otras comuniones con más «privilegios» —creo que quiere decir «con más sacramentos»—¹¹ que aquella en la que Dios providente lo ha puesto a uno. Predicado en julio del 41, la advertencia se dirige a los impacientes por dar el paso a Roma: no seáis como Saúl, esperad al profeta, Dios te está probando, ¡*obedeced!* «Que Dios nos dé la gracia de contarnos entre los que desean conocer la voluntad de Dios con sinceridad, y cumplirla hasta el último detalle en que les es dado conocerla».

«La curiosidad, una tentación para el pecado» es una obra maestra de indagación psicológica y de finura autobiográfica; porque, una vez más, con discreción, Newman nos está hablando de sí mismo, de su experiencia de cristiano: «así, siendo fácil evitar el pecado al principio, resulta a la larga imposible, humanamente».

¹¹ Quizá se esté refiriendo a la confesión auricular. Según los *Treinta y Nueve Artículos* (1562) en el Anglicanismo solo hay dos sacramentos, el Bautismo y la Cena del Señor. Pero, partiendo de ciertos textos del *Book of Common Prayer* sobre la atención a enfermos (*Visitation and Communion of the Sick*), se había mantenido la práctica de la confesión auricular hasta finales del siglo xvii. Algunos tractarianos quisieron resucitar esa práctica en el xix. Newman quedaba con gente para oír su confesión, muy temprano, en el rincón derecho de la *chancel* de Santa María. Refiriéndose a la falta de confesión privada entre los anglicanos, Newman escribía a Edward Manning que «tenemos el brazo más largo que la manga: estamos cultivando anhelos y gustos que luego no somos capaces de satisfacer» (cito por Wolff 76).

El sermón 6, sobre la relación de los milagros y la fe, contiene una tesis provocadora: «la cuestión no es que los israelitas fueran de corazón más duro que otros pueblos, sino que una religión con milagros no es mucho más poderosa que otras religiones». «Dios no deja de hacernos advertencias aunque no nos dé milagros, y si esas cosas que nos suceden no nos mueven y llevan a la conversión, lo más probable es que, como los judíos, tampoco los milagros nos conviertan». El de los milagros es un tema muy del siglo xix y Newman lo aborda con cierto racionalismo cristiano: si no reconoces los milagros que ya tienes ante los ojos, los ordinarios, no esperes ningún otro. «Si no amamos a Dios es porque no hemos querido amarle, porque no lo hemos intentado, porque no se lo hemos pedido en la oración [...] solo el amor de Dios puede hacernos creer en Él u obedecerle». De nuevo, la obediencia.

En «Josías, modelo para el que no sabe», se habla del pecado contra la luz, un motivo que reaparece con fuerza arrolladora en la vida de Newman tres años más tarde, cuando estuvo a punto de morir en Sicilia. En realidad, este de 1830 es un sermón sobre la Conciencia, esa voz natural que obliga al hombre no maleado. Josías se puso en camino sin saber adónde iba, la misma experiencia que Newman vierte en su famoso poema «Lead, Kindly Light».

«Aguantar la desaprobación del mundo» combina un tema muy newmaniano, la primacía de lo sobrenatural, del mundo invisible, con su experiencia personal como clérigo, al parecer, no demasiado grata en la sociedad pre-victoriana. Newman se ve a sí mismo y sus actividades: «Todo en un clérigo es un aviso del más allá para los hombres, o debería serlo; un aviso de la muerte y del juicio, del cielo y del infierno. Su mismo modo de vestir es un memento. No viste como los demás. Sus ropas son un memento. Su manera de hablar es más grave que la de los demás. Sus deberes son también un memento. Se le ve en la iglesia recitando oraciones, bautizando, predicando; o se le ve enseñando la doctrina a los niños, se le ve haciendo obras de caridad, se le ve estudiando. Su vida está dedicada a asuntos que no se ven». Y

un motivo que sabemos que le era muy querido: «Todo lo que hace [el clérigo] tiende a recordar a los hombres que el tiempo es corto, que la muerte llegará sin falta, que la eternidad es larga». ¿Por qué se maltrata a los ministros de Cristo? «Por esta simple y breve razón: porque son mensajeros de Dios».

A algunos entusiastas de Newman les gustaba referirse a su «misterio». Pero su único misterio consistía en que «las cosas de este mundo le importaban un comino» (LD 11, xvii, n. 1). El desprecio de la mundanidad es en buena medida el tema del sermón titulado «Dar gloria a Dios en los afanes del mundo». Al mismo tiempo, es una espléndida valoración de lo ordinario y del trabajo como camino para descubrir a Cristo, «como a través de un sacramento».

«La vanidad de la gloria humana» insiste en la antimundanidad, tomando pie de Simón y Judas, dos apóstoles de los que se sabe muy poco, y con la vista puesta, creo, en el auge de la prensa escrita, la celebridad, la fama. ¿Por que perseguir la estimación de los que uno no conoce ni conocerá nunca?

En «La verdad se esconde si no se busca» el tema es la Verdad, nada menos. La indiferencia por la verdad religiosa, el liberalismo religioso, escandaliza a Newman en este sermón de 1830, lo mismo que en 1879, en su *Biglietto Speech*, su discurso al recibir el capelo cardenalicio en Roma. Una vez más los remedios son la Obediencia y la Conciencia: «obra según la luz que tengas, aun en medio de dificultades, y Dios te llevará adelante, no sabes hasta dónde». En «La obediencia a Dios nos lleva a la fe en Cristo», también de 1830, aplica esas mismas ideas a san Pablo, de quien dice Newman que nunca pecó contra la luz, tampoco cuando perseguía a los cristianos.

El ilustre converso escribe el sermón sobre las «Conversiones repentinas» en 1832, mucho antes, por tanto, de su propia conversión al catolicismo en 1845; aunque quizá sí tenga que ver con su conversión de adolescente al calvinismo y su posterior sustitución de ese calvinismo por las posturas «católicas» —o «Church principles»— dentro de la comunión anglicana. En cualquier caso, el sermón se

ocupa de la psicología del cambio en religión y en el modo de ser, de las conversiones verdaderas (san Pablo) y de las conversiones falsas, que en muchos casos equivalen a disgustos mal digeridos. Sabemos que Newman lograba dar a sus sermones una preciosa intensidad emocional, al tiempo que retórica, en sus finales. En este caso, el final es de una piedad sencilla e inolvidable: buscad el rostro de Cristo, una de cuyas miradas convirtió, repentinamente, primero a san Pedro, después a san Pablo.

El sermón más reciente en el tiempo, «El pastor de nuestras almas» (1843), sobre Cristo como Buen Pastor, demuestra una vez más el conocimiento y la profunda reverencia de Newman por la Sagrada Escritura. Curiosamente, el más antiguo, «La alegría religiosa» (1825), también tiene que ver con pastores: se trata de una encantadora, casi ingenua, meditación sobre la Navidad, la alegría y la humildad.

«La ignorancia del mal» examina el pecado original de forma aguda y original; por ejemplo, en esa idea de «crear la ciencia del egoísmo», en su consejo para teólogos —saber sin amar no sirve para nada—, en sus comentarios sobre la vida de los niños o en su conclusión sobre la primera pareja: «perdieron la presencia de Dios y ganaron el conocimiento del mal. Perdieron el Edén y ganaron la conciencia».

Reproduzco, ya por última vez, advertencias incluidas en la introducción a los volúmenes anteriores. Si toda traducción implica un trasvase cultural más que lingüístico, en nuestro caso conviene no olvidar que la lengua de partida es un lenguaje religioso, perteneciente a la tradición anglicana, de la primera mitad del siglo xix; y la de llegada es otro lenguaje religioso, propio de una tradición católica que habla al siglo xxi. Palabras y expresiones presentan problemas que no siempre admiten una misma solución, y que son muy capaces de envarar la versión castellana. La sintaxis newmaniana suele responder a una arquitectura sencilla y parroquial que trasparenta un discurso oral; alguna vez es complicada, y otras muchas, un tanto torrencial. Abundan las enumeraciones paratácticas, las tiradas, muchas veces de creciente intensidad, con una puntuación algo rota y extraña, llena

de conjunciones copulativas y de unos guiones que Newman emplea con funciones variadas. Espero que el lector no se extrañe ante las huellas escritas del registro hablado —quizá puede probar a leer los sermones en voz alta; saldrán ganando.

En cuanto a los textos de la Escritura, mantengo el criterio de sustituir los textos de la Biblia anglicana que Newman empleaba (su amada *King James Version* o *Authorised Version* de 1611) por la versión española de la Biblia que publicó la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra (*Sagrada Biblia*. Traducida y anotada por la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra) y que está disponible también en un solo volumen (*Biblia de Navarra: edición popular*). Pretendo así dar prioridad a la actualidad del texto sagrado y ser coherente con el objetivo último de esta traducción de los *Parochial and Plain Sermons*, que no es un proyecto erudito o estrictamente teológico, aunque desde luego sí quiere ser rigurosa al máximo en su versión del texto original. Sin embargo, cuando el texto bíblico inglés ha parecido de algún relieve, lo mantengo sin advertirlo y realizando las leves adaptaciones gramaticales necesarias, que exigen el contexto gramatical o el razonamiento doctrinal del predicador. Las abreviaturas de los distintos libros bíblicos proceden también de la Biblia de Navarra.

En este ámbito del lenguaje religioso, tiendo a emplear mayúsculas en «Evangelio» cuando equivale a ‘nuevo testamento’ y minúsculas cuando equivale más bien a ‘relatos evangélicos’, aunque el criterio —lo siento— puede no ser del todo estable. En determinados momentos el énfasis me lleva a escribir Resurrección, Apóstol, Bautismo o Ascensión. Los posesivos con mayúscula referidos a Dios, sobre todo «Su», resultan sumamente útiles con sentido diacrítico en castellano, idioma bastante impreciso en esto, donde un demostrativo o posesivo mal colocado o ausente puede marear a los lectores en busca del sujeto gramatical; justo al contrario que el inglés. Pero cuando no hay necesidad de precisar, el pronombre va en minúscula aunque se refiera a Dios —con excepción de «Él».

Los números que figuran en cada encabezamiento, así como las fechas de predicación, proceden de la edición de los sermones inéditos (*Sermons 1824-1843: 1*, 353-72) y corresponden a la numeración integral de los sermones, hecha por el propio Newman.

Víctor García Ruiz
Grandpont House, Oxford
26 agosto 2015,
fiesta del beato Domingo Barberi

OBRAS CITADAS

- Biblia de Navarra: edición popular*. Pamplona-Woodridge (Illinois): Eunsa-Midwest Theological Forum, 2008.
- Blanco-White, José. *The life of the Rev. Joseph Blanco White: written by himself, with portions of his correspondence*. 3 vols. Ed. John Hamilton Thom. London: John Chapman, 1845.
- Froude, James Anthony. *The Nemesis of Faith*. 2.^a ed. London: John Chapman, 1849.
- Gilley, Sheridan. «Life and Writings». *The Cambridge Companion to John Henry Newman*. Eds. Ian Ker y Terrence Merrigan. Cambridge: Cambridge University Press, 2009. 1-28.
- Ker, Ian. *John Henry Newman: a Biography*. Oxford: Clarendon Press, 1988.
- Mozley, Thomas. *Reminiscences chiefly of Oriel College and the Oxford Movement*. 1882. 2 vols. Farnborough: Gregg International, 1969.
- Newman, John Henry. *Parochial sermons*. 6 vols. London: J.G. & F. Rivington, 1834-1842.
- [Newman, John Henry.] *Plain Sermons, by contributors to the Tracts for the times*. Vol. 5. Ed. Isaac Williams. 10 vols. Londres: Gilbert & Rivington, 1843.
- Newman, John Henry. *Sermons 1824-1843*. 5 vols. Edited from previously unpublished manuscripts by Placid Murray, Vincent Ferrer Blehl, and Francis J. McGrath. Oxford: Clarendon Press, 1991-2012.
- Newman, John Henry. *An essay in aid of a Grammar of Assent*. London, New York, Bombay: Longmans, Green and Co., 1901.
- Newman, John Henry. *Perder y ganar*. Trad. Víctor García Ruiz. Madrid: Encuentro, 1994.

- Newman, John Henry. *Sermons paroissiaux. 8: L'obéissance chrétienne*. Introduction, notices et coordination de la traduction par Pierre Gauthier. Trad. Pierre Fontaney y Paul Veyriras. Paris: Éditions du Cerf, 2007.
- Newman, John Henry. *Apologia pro vita sua*. Edición, traducción y notas de Víctor García Ruiz y José Morales. 2.^a ed. Madrid: Encuentro, 2010.
- Plain Sermons, by contributors to the Tracts for the times*. 10 vols. Ed. Isaac Williams. Londres: Gilbert & Rivington, 1839-1848.
- Sagrada Biblia*. Traducida y anotada por la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra. 5 vols. Pamplona: Eunsa, 1997-2005.
- Short, Edward. *Newman and his contemporaries*. London: Continuum International Group, 2011.
- The Letters and Diaries of John Henry Newman*. Edited at the Birmingham Oratory with notes and an introduction by Charles Stephen Dessain, I.T. Ker, Thomas Gornall, Gerard Tracey, and Francis J. McGrath. 32 vols. London/New York: T. Nelson. 1961-2008. Abreviatura: ld.
- Ward, Wilfrid P. *The Life and Times of Cardinal Wiseman*. Vol. 1. London: Longmans, Green & Co., 1897.
- Wolff, Robert Lee. *Gains and Losses: novels of faith and doubt in Victorian England*. London: John Murray, 1977.

TABLA DE ABREVIATURAS

Ab	Abdías
Ag	Ageo
Am	Amós
Ap	Apocalipsis
Ba	Baruc
1 Cor	Primera Carta a los Corintios
2 Cor	Segunda Carta a los Corintios
Col	Carta a los Colosenses
1 Cro	Libro 1 de las Crónicas
2 Cro	Libro 2 de las Crónicas
Ct	Cantar de los Cantares
Dn	Daniel
Dt	Deuteronomio
Ef	Carta a los Efesios
Esd	Esdras
Est	Ester
Ex	Éxodo
Ez	Ezequiel
Flm	Carta a Filemón
Flp	Carta a los Filipenses
Ga	Carta a los Gálatas
Gn	Génesis
Ha	Habacuc

Hb	Carta a los Hebreos
Hch	Hechos de los Apóstoles
Is	Isaías
Jb	Job
Jc	Jueces
Jdt	Judit
Jl	Joel
Jn	Evangelio según san Juan
1 Jn	Primera Carta de san Juan
2 Jn	Segunda Carta de san Juan
3 Jn	Tercera Carta de san Juan
Jon	Jonás
Jos	Josué
Jr	Jeremías
Judas	Carta de san Judas
Lc	Evangelio según san Lucas
Lm	Libro de las Lamentaciones
Lv	Levítico
1 M	Libro Primero de los Macabeos
2 M	Libro Segundo de los Macabeos
Mc	Evangelio según san Marcos
Mi	Miqueas
Ml	Malaquías
Mt	Evangelio según san Mateo
Na	Nahum
Ne	Nehemías
Nm	Números
Os	Oseas
1 P	Primera Carta de san Pedro
2 P	Segunda Carta de san Pedro
Pr	Proverbios
Qo	Libro de Qohélet (Eclesiastés)
1 R	Libro Primero de los Reyes

2 R	Libro Segundo de los Reyes
Rm	Carta a los Romanos
Rt	Rut
1 S	Libro Primero de Samuel
2 S	Libro Segundo de Samuel
Sal	Salmos
Sb	Sabiduría
Si	Libro de Ben Sirac (Eclesiástico)
So	Sofonías
St	Carta de Santiago
Tb	Tobías
1 Tm	Primera Carta a Timoteo
2 Tm	Segunda Carta a Timoteo
1 Ts	Primera Carta a los Tesalonicenses
2 Ts	Segunda Carta a los Tesalonicenses
Tt	Tito
Za	Zacarías

SERMONES PARROQUIALES
(*PAROCHIAL AND PLAIN SERMONS*)

por John Henry Newman, b.d.¹
vicario que fue de la iglesia de Santa María, en Oxford
en ocho volúmenes
volumen viii
reimpresión
Longmans, Green y compañía
39 paternoster row, Londres
New York, Bombay and Calcutta
1908

¹ B.D.: Bachelor of Divinity, 'licenciado en teología'.

SERMÓN 1

REVERENCIA EN EL CULTO

[n. 429 | 30 de octubre de 1836]

«Samuel continuaba sirviendo al Señor y, por ser muy joven, vestía un efod de lino» (1 S 2,18)

Visto en su lugar dentro de la historia sagrada, esto es, en la línea de sucesos que conectan a Moisés con Cristo, Samuel aparece como un gran guía y maestro de su pueblo; esta es su característica principal. Fue el primero de los profetas; pero si leemos el relato sagrado en que se nos presenta su vida, pienso que lo más llamativo e impresionante son esos párrafos que lo presentan en el menester que le correspondía por nacimiento como levita o ministro de Dios. Fue tomado para el servicio de Dios desde el principio: vivió en el Templo; es decir, ya de niño, fue honrado con los indumentos de una función sagrada, como nos dice el texto: «continuaba sirviendo al Señor y, por ser muy joven, vestía un efod de lino». Su madre lo dedicó «al Señor por todos los días de su vida» (1 S 1,11) con un voto solemne antes de que naciera; y en él se cumplieron más que en ningún otro las palabras del salmista: «Dichosos los que habitan en tu Casa; te alabarán por siempre» (Sal 84,5).

Una presencia tan constante en la casa de Dios haría que un alma vulgar se volviera irreverente por un exceso de acostumbamiento a las cosas santas. Pero cuando la gracia de Dios está presente el efecto es justamente el contrario; y podemos estar seguros de que así fue en el caso de Samuel. «El Señor estaba con Él» se nos dice; y, por tanto,

cuantos más signos exteriores veía a su alrededor, más reverente se volvía él, y no más presuntuoso. Cuanto más se familiarizaba con Dios, más grandes eran su reverencia y su santo temor.

Así, la primera noticia que tenemos de Samuel sirviendo ante el Señor nos recuerda el decoro y la gravedad necesarias en todo momento, y para todas las personas, cuando nos acercamos a Él. «Servía al Señor y, por ser muy joven, vestía un efod de lino». Su madre le hacía cada año un pequeño abrigo para el uso diario, pero en el servicio divino se ponía, no ese, sino una prenda que expresaba reverencia, al tiempo que se la imprimía a Samuel.

De igual manera, en su ancianidad, cuando Saúl hizo buscar a David en Nayot, donde se hallaba Samuel, los emisarios encontraron a Samuel y a sus profetas en perfecto orden y decoro: «encontraron a la comunidad de los profetas en trance, y a Samuel presidiéndoles». Y lo que vieron los enviados fue tan impresionante que se convirtió en instrumento del poder sobrenatural de Dios sobre ellos, y empezaron a profetizar ellos también.

Por otro lado, si queremos tener un ejemplo de la necesidad de esta reverencia, la tenemos en el mismo Saúl, el rey réprobo que, yendo de camino a Nayot, fue visitado por el Espíritu de Dios y no recibió de inmediato las ropas de la salvación ni se vistió de rectitud sino que se comportó de manera impropia y asilvestrada, como alguien cuya deshonra y miseria habituales quedaban al descubierto por la visita de Dios. Se despojó de sus vestiduras y profetizó ante Samuel, y desnudo pasó todo ese día y esa noche tendido en el suelo.

Esa diferencia la vemos también hoy día: de las personas que profesan la religión unas son como Samuel, otras como Saúl. Algunos, por así decir, se quitan la ropa y profetizan de forma desordenada y extravagante; otros sirven al Señor «vistiendo un efod de lino», con «los lomos ceñidos y las lámparas encendidas», como quienes esperan con reverencia la venida gloriosa del gran Juez. Con estos, me refiero a los verdaderos hijos de la Santa Iglesia Católica; con los primeros, a los herejes y cismáticos.

EL AÑO LITÚRGICO

[Todo el ciclo litúrgico]	PPS4/23	La observancia del ayuno y de las fiestas
Adviento	PPS5/1	El culto nos prepara para la venida de Cristo
Adviento	PPS5/2	La reverencia es fe en la presencia de Dios
Adviento	PPS5/3	Palabras irreales
Adviento	PPS5/4	El miedo a la venida de Cristo
Navidad	PPS2/3	La Encarnación
Navidad	PPS5/5	Ecuanimidad
Navidad	PPS5/6	El recuerdo de favores pasados
Navidad	PPS5/7	El misterio de la divinización
Navidad	PPS5/8	El estado de inocencia
Navidad	PPS5/9	La empatía entre los cristianos
Navidad	PPS8/17	La alegría en Dios
Santos Inocentes	PPS2/6	El alma de los niños
Santos Inocentes	PPS7/16	El bautismo de los niños
Santos Inocentes	PPS8/18	La ignorancia del mal
Año Nuevo	PPS7/5	Ventajas temporales
Epifanía	PPS2/8	La gloria de la Iglesia cristiana
Epifanía	PPS5/10	La justificación está en nosotros, pero no es nuestra
Epifanía	PPS5/11	La ley del Espíritu
Epifanía	PPS5/12	Las obras nuevas del Evangelio
Epifanía	PPS5/13	El estado de salvación
Epifanía	PPS5/14	Pecados y debilidades
Epifanía	PPS5/15	Pecados de debilidad
Epifanía	PPS5/16	Sinceridad e hipocresía
Epifanía	PPS5/17	El testimonio de la conciencia
Epifanía	PPS7/6	El tiempo de Epifanía
La Circuncisión	PPS2/7	Las ceremonias de la Iglesia
La Purificación	PPS2/10	Dios nos visita en secreto y de repente
La Anunciación	PPS2/12	La reverencia debida a la Virgen María
I domingo de Cuaresma	PPS6/1	El ayuno es motivo de prueba
II domingo de Cuaresma	PPS6/2	El tiempo para arrepentirnos es mientras vivimos
Cuaresma	PPS6/3	La abstinencia del tiempo de los apóstoles, modelo para el cristiano
V domingo de Cuaresma	PPS6/4	Las privaciones de Cristo, meditación del cristiano
V domingo de Cuaresma	PPS6/5	Cristo es el hijo de Dios hecho hombre
VI domingo de Cuaresma	PPS6/6	El hijo encarnado sufrió y fue víctima expiatoria
VI domingo de Cuaresma	PPS6/7	La cruz de Cristo, medida del mundo
Cuaresma, san Matías	PPS7/8	El yugo de Cristo

Viernes Santo	PPS7/10	La Crucifixión
Pascua	PPS6/8	Es difícil darnos cuenta de los privilegios sagrados que recibimos
Pascua	PPS6/9	El Evangelio, signo dirigido a la fe
Pascua	PPS6/10	La presencia espiritual de Cristo en la Iglesia
Pascua	PPS6/11	La presencia eucarística
Pascua	PPS6/12	La fe, que todo lo justifica
Pascua	PPS6/13	El judaísmo de hoy en día
Pascua	PPS6/14	La comunión de los apóstoles
La Resurrección	PPS2/13	Cristo, un espíritu que da vida
Lunes de Pascua	PPS2/14	Conocimiento que salva
Martes de Pascua	PPS2/15	Autocontemplación
La Ascensión	PPS2/18	Los misterios de la religión
La Ascensión	PPS6/15	Resucitar con Cristo
La Ascensión	PPS6/16	La lucha, condición de la victoria
La Ascensión	PPS6/17	Esperando a Cristo
La Ascensión	PPS6/18	Subordinación de la razón y los sentimientos a la palabra revelada
Pentecostés	PPS2/19	El Espíritu que habita en nosotros
Pentecostés	PPS6/19	Los palacios del evangelio
Pentecostés	PPS6/20	El templo visible
Pentecostés	PPS6/21	Ofrendas para el santuario
Pentecostés	PPS6/22	Las armas de los santos
Lunes de Pentecostés	PPS2/20	El reino de los santos (1)
Martes de Pentecostés	PPS2/21	El reino de los santos (2)
La Santísima Trinidad	PPS2/22	El Evangelio, un depósito confiado a nosotros
La Santísima Trinidad	PPS6/23	Fe sin demostración
La Santísima Trinidad	PPS6/24	El misterio de la Santísima Trinidad
La Santísima Trinidad	PPS6/25	La paz de creer

Santos apóstoles

San Andrés, apóstol	PPS2/1	Los bienhechores del mundo
San Bartolomé, apóstol	PPS2/27	Sin doblez
San Bernabé, apóstol	PPS2/23	La tolerancia del error religioso
San Esteban, protomártir	PPS2/4	El martirio
San Felipe y Santiago, apóstoles	PPS2/17	Testigos del Evangelio
Natividad de san Juan Bautista	PPS2/24	Corregir el pecado
San Juan, evangelista	PPS2/5	El amor a parientes y amigos
San Lucas, evangelista	PPS2/30	El peligro de lograr las cosas
San Marcos, evangelista	PPS2/16	La cobardía religiosa
San Marcos, evangelista	PPS7/18	Constancia en las antiguas rutas; perseverar en la tradición
San Mateo, apóstol	PPS2/28	El peligro de las riquezas
San Matías, apóstol	PPS2/11	Los decretos divinos
San Matías, apóstol	PPS7/8	El yugo de Cristo
San Miguel y todos los ángeles	PPS2/29	Los poderes de la naturaleza
Conversión de san Pablo	PPS2/9	La conversión de san Pablo en relación con su misión

Conversión de san Pablo	PPS8/15	Conversiones repentinas
San Pedro, apóstol	PPS2/25	El ministerio cristiano
San Pedro, apóstol	PPS7/17	La unidad de la Iglesia
San Simón y san Judas	PPS2/31	El celo cristiano
San Simón y san Judas	PPS8/12	La vanidad de la gloria humana
Santiago, apóstol	PPS2/26	La responsabilidad del ser humano
Santo Tomás, apóstol	PPS2/2	Creer sin haber visto
Todos los Santos	PPS2/32	El uso de la festividad de Todos los Santos

Antiguo Testamento

Abrahán y Lot	PPS3/1
Obediencia sin amor: el caso de Balaam y su carácter	PPS4/2
El celo de los judíos, modelo para los cristianos	PPS3/13
La rebelión de Coré	PPS4/18
Los años primeros de David	PPS3/4
La llamada de David	PPS8/4
La obstinación de Israel al rechazar a Samuel	PPS3/2
Jeremías, maestro para el momento de la desilusión	PPS8/9
Jeroboam	PPS3/5
Josías, modelo para el que no sabe	PPS8/7
Moisés, figura de Cristo	PPS7/9
Saúl	PPS3/3
La prueba de Saúl	PPS8/3

Cristo y el Evangelio

Fe y obediencia	PPS3/6
El arrepentimiento cristiano	PPS3/7
Opiniones estrechas en lo religioso	PPS3/8
Una providencia particular, tal como se revela en el Evangelio	PPS3/9
Lágrimas de Cristo en la tumba de Lázaro	PPS3/10
La mejor parte	PPS3/22
El rigor de la ley de Cristo	PPS4/1
Cristo oculto al mundo	PPS4/16
Cristo se deja ver en el recuerdo	PPS4/17
La asistencia a la S. Comunión: por qué los hombres no van a Cristo	PPS7/11
El festín del Evangelio	PPS7/12
El testimonio interior de la verdad del Evangelio	PPS8/8
El pastor de nuestras almas	PPS8/16
La obediencia a Dios nos lleva a la fe en Cristo	PPS8/14
La humillación del Hijo eterno	PPS3/12

La vida y el misterio cristiano

Conocimiento de la voluntad de Dios sin obediencia	PPS1/3
La obediencia es el remedio para la perplejidad religiosa	PPS1/18

El valor de los sentimientos en la vida cristiana	PPS1/9
Las emociones religiosas	PPS1/14
La práctica religiosa, remedio para las emociones	PPS3/23
La abnegación es la prueba de la sinceridad en religión	PPS1/5
Ser personas de Espíritu	PPS1/6
El don del Espíritu	PPS3/18
Faltas ocultas	PPS1/4
Pecados de ignorancia y debilidad	PPS1/7
Las consecuencias morales de los pecados aislados	PPS4/3
Los mandamientos de Dios no son costosos	PPS1/8
La inmortalidad del alma	PPS1/2
La santidad, necesaria para la felicidad eterna	PPS1/1
La resurrección del cuerpo	PPS1/21
Sobre la oración del cristiano y sus fórmulas	PPS1/20
Tiempos para la oración a solas	PPS1/19
La oración mental	PPS7/15
El que se tiene por sabio	PPS1/17
Los misterios cristianos	PPS1/16
La fe religiosa es racional	PPS1/15
Prometer y no hacer	PPS1/13
Profesar y no practicar	PPS1/10
Profesión sin ostentación	PPS1/12
Profesión de fe sin hipocresía	PPS1/11
La madurez cristiana	PPS1/26
La Escritura, memorial del dolor humano	PPS1/25
La aflicción, una escuela de consolación	PPS5/21
Padecer es lo que toca al cristiano	PPS5/20
El dolor corporal	PPS3/11
La religión de estos tiempos	PPS1/24
La reverencia cristiana	PPS1/23
Testigos de la Resurrección	PPS1/22
La Iglesia visible, un estímulo para la fe	PPS3/17
Iglesia visible e Iglesia invisible	PPS3/16
La batalla entre verdad y falsedad dentro de la Iglesia	PPS3/15
Sometimiento a la autoridad de la Iglesia	PPS3/14
La Iglesia, hogar para el que se siente solo	PPS4/12
La comunión de los santos	PPS4/11
La Iglesia visible, por el bien de los elegidos	PPS4/10
La regeneración bautismal	PPS3/19
El bautismo de los niños	PPS3/20
El estado de gracia	PPS4/9
El estado intermedio (sobre el purgatorio)	PPS3/25
La oración de intercesión	PPS3/24
Reverencia en el culto	PPS8/1
La celebración diaria del culto	PPS3/21
Vigilar	PPS4/22
La fe y el amor	PPS4/21
Los riesgos de la fe	PPS4/20
La condición misteriosa de nuestro ser actual	PPS4/19

Efectos morales de la comunión con Dios	PPS4/15
Las bendiciones de la vida presente	PPS5/19
La grandeza y la pequeñez de la vida humana	PPS4/14
La individualidad del alma	PPS4/6
El mundo invisible	PPS4/13
Paz y alegría en medio del castigo	PPS4/8
Castigo en medio de la clemencia	PPS4/7
Confiemos en las observancias religiosas	PPS4/5
Es obligado aceptar los privilegios religiosos	PPS4/4
Poder y querer	PPS5/24
El amor es lo único necesario	PPS5/23
La mente de Dios, firmeza del alma	PPS5/22
Muchos son los llamados, pocos los escogidos	PPS5/18
La religión es agradable para las personas religiosas	PPS7/14
El amor a la religión, una nueva naturaleza	PPS7/13
El deber de la abnegación	PPS7/7
La alabanza de los hombres	PPS7/4
El mundo es nuestro enemigo	PPS7/3
Dar gloria a Dios en los afanes del mundo	PPS8/11
Aguantar la desaprobación del mundo	PPS8/10
La religión cansa al hombre natural	PPS7/2
El paso del tiempo	PPS7/1
La verdad se esconde si no se busca	PPS8/13
Los milagros no dan la fe	PPS8/6
La curiosidad nos incita a pecar	PPS8/5
Las llamadas de Dios	PPS8/2
Separarse de los amigos	(ver volumen 7)

Sermones parroquiales / 8

Al igual que en el tomo anterior, los 18 textos reunidos en este último volumen de los *Sermones parroquiales* no formaron parte de la primera edición de 1842, previa a la conversión de Newman al catolicismo, sino que fueron incluidos en la reedición de 1968. Al ser reeditados el propio Newman pudo comprobar, con gran alegría, que podía suscribir como sacerdote católico todo lo que había predicado como clérigo anglicano.

Los sermones de este volumen abarcan diversas épocas y temáticas, aunque únicamente cuatro de ellos son posteriores al decisivo verano de 1839, en el que Newman tuvo la visión intelectual de que «después de todo, Roma tiene razón». Siendo los asuntos de los que tratan muy variados —la conciencia, la verdad, la primacía de lo sobrenatural frente a la mundanidad, los milagros y la fe, el pecado, la conversión— el tema más recurrente es el de la obediencia, pudiendo ser interpretados algunos de los sermones dedicados a ella en clave biográfica.

NUEVA EDICIÓN CORREGIDA

Depósito Legal: M-10992-2026



Universidad
Pontificia
de Salamanca



ISBN: 978-84-1339-284-4



9 788413 392844